

XLII

LOS CONEJOS DE MAESE JAIME

Extiéndense al sur de Machecul las selvas de Touvain, Grande-Lande y Roche Serviére, formando triángulo en derredor del pueblo de Legé; selvas de escasa importancia si por separado las consideramos, pero que situadas á tres kilómetros unas de otras, se enlazan por medio de setos y campos de retama y aliaga, formando así un espaciosísimo bosque, donde en tiempo de guerra civil se concentra la insurrección antes de propagarse á las comarcas circunvecinas. Patria del famoso médico Joly, la aldea de Legé fué casi siempre cuartel general de Charrette, quien á cada derrota iba á refugiarse en ella para rehacer sus diezmadadas filas y aprestarse á nuevos combates. A pesar de que en 1832 la carretera de Nantes á Sables-d'Olonne pasando por Legé modificaba su situación estratégica, sus quebrados y frondosos alrededores eran uno de los focos más ardientes del movimiento que se preparaba. En sus impenetrables sotos de acebos y helechos entrelazados ocultábanse pandillas de desertores que iban engrosando cada día y debían servir de núcleo á las divisiones insurrectas del país de Retz y de la Plaine. Habiendo sido infructuosas las pesquisas por la autoridad practicadas en aquellos bosques, corría la voz de que los insurgentes habían construído cuevas subterráneas á imitación de las que tenían los chuanes en las selvas de Gralla, y estos rumores no carecían de fundamento.

Al caer la tarde del día en que salió Michel del castillo de Souday dirigiéndose á caballo á la morada de los Picaut, cualquiera que se hubiese escondido detrás de una de las hayas que rodean la calva de Follerón en la selva de Touvain, habría presenciado un curioso espectáculo. Descendía el sol á su ocaso dorando las copas de los árboles, y derramándose ya por el soto la sombra que parece subir de la tierra, hubiera visto venir de lejos á un personaje á quien con un poco de buena voluntad habría tomado por un sér fan-

tástico, y que andando á pasito miraba cauteloso en torno suyo, tarea tanto más fácil, cuanto á primera vista aparentaba tener dos cabezas para cuidar de su seguridad. Con chupa y unos que pretendían ser calzones cuyo paño primitivo había desaparecido de puro echarles remiendos y pedazos de varios colores, ese desarrapado personaje llevaba trazas de ser uno de los mónstruos bicéfalos que ocupan un lugar distinguido entre los rarísimos fenómenos que la naturaleza crea en sus horas de insensata fantasía; y aunque unidas al mismo tronco, las dos cabezas estaban lejos de asemejarse, pues al lado de una cara de bamboche, picada de viruelas y con barba de zamorro, aparecía otro rostro menos repugnante, lleno de astucia y malicia en su fealdad, mientras el primero expresaba un idiotismo que á veces podía rayar en fiereza.

Ya habrá adivinado el lector que esas dos fisonomías eran las de dos personajes que conocimos en la feria de Montaigu, á saber: Alain Poca-Alegría el tabernero, y perdonesenos el apodo quizás demasiado expresivo, Polilla el mendigo, de fuerza hercúlea, que en la asonada de Montaigu derribó de caballo al general. Merced á un cálculo acertado, Poca-Alegría había hallado un medio de completarse adhiriéndose aquella especie de bestia de carga que felizmente había encontrado; así es que en lugar de las dos piernas que dejó en el camino de Ancenis, contaba con unos miembros infatigables que al momento le obedecían bastando para ello una señal, un golpe ó una ligerísima presión en el hombro del mendigo. Lo más particular del caso es que no era Polilla quien menos contento estaba de esta asociación, pues á pesar de sus cortos alcances comprendía que su compañero le hacía obrar por una causa con la cual simpatizaba en extremo, y congratulábase de servir de vehículo al posadero, en quien tenía puesta toda su confianza, pues conociendo su superioridad, estaba ufano de ella y habíase adherido á su persona con la abnegación característica de los afectos en que domina el instinto. Prodigábase los más exquisitos cuidados, desmintiendo en cierto modo el idiotismo que con sobrada razón se le achacaba, y al llevarle en hombros, jamás se le ocurrió mirar si se lastimaba los piés en algún guijarro ó se los arañaban las zarzas y espinos, cuidando con el mayor esmero en apartar las ramas que pudieran lastimar á su compañero.

Al llegar nuestros dos hombres á la tercera parte de la calva, dió Poca-Alegría un golpecito en el hombro de Polilla, y el gigante hizo alto. Sin decir palabra entonces le indicó con el dedo una grandísima piedra que había al pié de una corpulenta haya, al ángulo derecho del claro: Polilla se dirigió al haya, y cogiendo la piedra esperó órdenes.

—Da tres golpes, dijo Poca-Alegría.

Diólos Polilla pausadamente dejando más espacio entre el segundo y el tercero, y alzándose de improviso una trampa cubierta de musgo, cuya solución de continuidad nadie hubiera sido capaz de encontrar, brotó de la tierra como por encanto una cabeza humana.

—¡Holal! dijo Poca-Alegría, ¿con que sois vos, maese Jaime, quien está de acecho en la gazapera?—¡Cáspital! es preciso estar alerta.—Hacéis muy bien, pues no faltan fusiles en la llanura.—¡Hombre! cuéntame algo.—Con mucho gusto.—¿Quieres entrar?—No, Jaime, hace mucho calor, ¿no es verdad, Polilla? El mendigo dió un gruñido que podía muy bien interpretarse por una afirmación.

—¿Y ha hablado? ¿no decían que era mudo? Ha sido una gran suerte para tí, Polilla, que Poca-Alegría te haya tomado tanto cariño; pues ahora casi eres un hombre como los demás, sin contar que tienes el sustento asegurado como los perros de buena casa.

El pordiosero despidió un gruñido que á no atajarlo Alain con un golpe llevaba trazas de no concluir jamás.

—Este bestia siempre creé estar en la plaza de Montaigu, dijo Alain.—Ya que no queréis entrar, dijo maese Jaime, haré salir los *conejos*, pues según deciais, hace en el subterráneo un calor de mil demonios, y creo que algunos ya están achicharrados; á bien que es preciso confesar que esos tunantes se quejan por costumbre.—No son como este, contestó Alain, descargando sobre la cabeza del coloso un concio puñetazo; este nunca se queja. Rióse Polilla estólidamente, é hizo con la cabeza una señal como queriendo demostrar á Poca-Alegría su reconocimiento por la muestra de amistad que acababa de darle.

Maese Jaime tendría cincuenta ó cincuenta y cinco años y todos le hubieran tomado por un colono de la comarca de Retz. Aunque sus cabellos le ondularan por los hombros, llevaba la barba afeitada con esmero, limpiísima chupa de paño casi de moda, en comparación de las que todavía se

usan en la Vendée; chaleco de lo mismo con anchas listas blancas y anteadas; calzones de lienzo casero y polainas de algodón azul, únicas prendas que le asimilaban un tanto á sus compatriotas. Las armas que en aquel momento llevaba eran dos pistolas cuyas relucientes culatas le levantaban la chupa. Maese Jaime con su apariencia bonachona y apacible fisonomía era el jefe de una de las partidas más audaces del país y el *chuan* más terrible de diez leguas á la redonda, y el que más se temía. Quince años hacía que empuñó las armas, á pesar de que algunas veces había tenido que hacer cara á brigadas enteras con dos ó tres hombres; así es que su extraordinario arrojo y buena suerte habían engendrado entre el pueblo supersticioso del Bocage la idea de que era invulnerable á las balas de los *azules*; y á los pocos días de la revolución de julio, cuando anunció maese Jaime que volvía á entrar en campaña, todos los desertores de las cercanías fueron á agruparse á su alrededor, formando en muy poco tiempo una respetable partida.

Después de tener con Poca-Alegría el corto diálogo que acabamos de transcribir, inclinóse maese Jaime hacia la cueva y dió un extraño silbido, á cuya señal salió de las entrañas de la tierra un zumbido semejante al de las abejas cuando salen de la colmena, y luego algunos pasos más allá y entre dos espesos matorrales levantóse verticalmente sobre cuatro piés un ancho zarzo cubierto como la trampa de césped y hojarasca, descubriendo la boca de una especie de silo del cual salieron uno tras otro hasta veinte hombres, cuyos trajes estaban muy lejos de tener la pintoresca elegancia que caracteriza á los bandidos que salen de las cavernas de cartón de la Opera Cómica, unos con uniformes parecidos al de Polilla, y otros con chaqueta de paño ó de lienzo. Notábase la misma variedad en el armamento, pues tres ó cuatro llevaban fusiles de munición, otros escopeta, y algunos solamente pistola; en cuanto á las armas blancas, maese Jaime era el único que llevaba sable, y veíanse dos picas procedentes de la primera guerra y ocho ó diez horquillas bien aguzadas.

Cuando todos esos valientes estuvieron reunidos en el claro, sentóse maese Jaime en el tronco de un árbol derribado, y Polilla dejó á su lado á Poca-Alegría, alejándose luego algunos pasos.

—Sí, Alain, sí, dijo maese Jaime, los lobos están de caza,

y me alegro de que te hayas tomado la molestia de avisarme. ¡Calle! añadió de pronto con extrañeza; ¿tú por aquí? ¿No caíste en el garlito al mismo tiempo que Juan Oullier? Que él se escapara al atravesar el vado de Pontfarcy, no me admira; pero ¿cómo te escabulliste tú sin piernas?—Para algo sirven las de Polilla, respondió Poca-Alegría riendo. Pinché un poquillo al gendarme que me tenía cogido, y los puños de mi compañero Polilla hicieron lo demás. Y ¿quién os lo ha dicho, maese Jaime?

Encogióse este de hombros con aire indiferente, y sin contestar á la pregunta que sin duda le parecía ociosa, añadió:

—¿Has venido acaso para avisarme que se ha aplazado la cosa para mas tarde?—No, continúa fijada para el día 24.—Mejor, pues ya empezaban á impacientarme tantas dilaciones.—Paciencia, no tendréis que esperar mucho tiempo.—¡Cuatro días!—¿Qué queréis decir?—Que con tres me sobran. Yo no soy tan afortunado como Juan Oullier que anoche los ha descalabrado en la cuesta de Baugé.—Ya me lo ha contado.—Desgraciadamente se han desquitado de un modo cruel.—¿Cómo?—¿No lo sabías?—No; vengo de Montaignu. ¿Qué ha pasado?—Que han muerto en casa de Picaut á un bravo mancebo, á quien yo apreciaba mucho, á pesar de que simpatizo muy poco con los de su casta.—¿A quién?—Al conde de Bonneville.—¿Cuándo?—Hoy mismo, á las dos de la tarde.—¿Cómo diantre lo habéis sabido?—¿Acaso no sé cuánto puede serme de alguna utilidad?—Entonces no sé si vale la pena deciros lo que me trae.—¿Por qué?—Porque quizás ya lo sabéis.—Es probable.—Quisiera estar seguro de ello.—¿De veras?—Sí, pues no necesitaría daros una embajada de la cual me he encargado con sumo pesar.—¡Ah! ¿vienes de parte de esos señores?

A esas palabras que maese Jaime pronunció con acento amenazador y despreciativo, Alain contestó:

—Sí, y Juan Oullier á quien acabo de encontrar, me ha dado también un encargo para vos.—¡Juan Oullier! Si vienes de su parte es distinto; ese ha hecho una acción que le ha valido todas mis simpatías.—¿Cuál?—Es un secreto; sepamos antes qué quieren esos señores.—El jefe de tu división es quien me envía.—¿El marqués de Souday?—Justamente.—¿Qué quiere el marqués?—Se queja de que con tus frecuentes salidas llamas la atención de la tropa é irritas

con tus exacciones á los pueblos, paralizando de antemano el movimiento general y haciéndolo más difícil.—¿Por qué no lo verificaban antes? A Dios gracias tiempo há que estamos esperando ese movimiento, y por mi parte desde el 30 de julio...—Además...—¿Hay más todavía?—Te manda...—¿Cómo! ¿me manda?—Mira, Jaime, tú obedecerás ó dejarás de obedecerle, según te cuadre; pero él te manda...—Oye, Poca-Alegría: de antemano juro que desobedeceré.—Te manda abstenerse de detener diligencias y viajeros y que estés quieto hasta el día 24.—Basta que lo haya mandado para que yo jure desbalijar al primero que caiga en mis manos esta noche. Quédate aquí, y mañana por toda contestación irás á contarle lo que hayas visto.—No hagas eso, Jaime.—Vaya si lo haré.—Vas á comprometer nuestra causa.—Podrá ser; pero también probaré á ese viejo á quien no he nombrado jefe ni cosa que lo valga, que yo y los míos nada tenemos que ver con él. Dame ahora el recado de Juan Oullier.—Héle encontrado á la altura del puente de Serviére; preguntándome á donde iba y habiéndole yo contestado que venía aquí, ha dicho: ¡Pues eso nos vendría como anillo al dedo! Dile á maese Jaime si podría desocupar por algunos días su madriguera para esconder en ella á cierto sugeto.—¿Diantre! ¿Lo ha nombrado?—No.—No importa; viniendo de parte de Juan Oullier será muy bien recibido, pues no es hombre que moleste á los demás sin necesidad: no es como esa caterva de señores que sólo sirven para meter ruido y enredar.—Hay de todo, contestó filosóficamente Poca-Alegría.—¿Cuándo vendrá ese sugeto?—Esta noche.—¿Cómo le conoceré?—Vendrá con Juan Oullier.—¿No pide mas?—Desearía que se alejase del bosque á toda persona sospechosa y que hicieseis dar una batida por estos alrededores, vigilando especialmente el camino de Grandlieu.—Ya lo ves, el jefe de la división manda que no se detenga á nadie, y Juan Oullier me pide que limpie el camino de importunos; razón más para que cumpla la palabra que acabo de darte. ¿Cómo sabrá Juan Oullier si puede venir sin peligro?—Yo se lo advertiré.—¿De qué manera?—Poniendo en la encrucijada de la Benate una rama de acebo con quince hojas.—¿Te ha dado alguna señal?—Sí; los que vengan dirán: Vencer, y se les contestará: Vendée.—Corriente, dijo maese Jaime; y levantándose fué al centro del claro en donde llamó á cuatro hombres, dijoles algunas pa-

labras en voz baja, y se alejaron en distintas direcciones.

Mandó sacar de la cueva un cántaro de aguardiente, dió de beber á su compañero, y á los pocos momentos aparecieron cuatro hombres por los mismos puntos en cuya dirección se habían ido los anteriores, lo cual indicaba un relevo de centinelas.

—¿Qué hay de nuevo? preguntó Jaime.—Nada, contestaron tres de ellos.—Y tú ¿qué dices? añadió dirigiéndose al cuarto; tú tenías el mejor puesto.—La diligencia de Nantes iba escoltada por cuatro gendarmes.—Veo que tienes buen olfato.—¿Qué hay? preguntó Poca-Alegría.—Ningún pantalón rojo por los alrededores; dí á Juan Oullier que estoy á su disposición.—Corriente, dijo Poca-Alegría, quien durante el interrogatorio había preparado la rama de acebo; enviaré á Polilla. Volvióse luego al mendigo, y dijo:—Oye, Polilla. Maese Jaime le detuvo y añadió:—¿Estás loco? ¿Qué haríais sin piernas? ¿Acaso no hay aquí cuarenta hombres prontos á hacer lo que se les mande? ¡José Picaut!

Al oír su nombre, José que estaba durmiendo sobre la yerba, se incorporó de pronto.

—¡José Picaut! repitió maese Jaime impaciente.

Levantóse este refunfuñando y llegóse á su capitán, quien le dijo:

—Toma esta rama de acebo, y sin quitar ninguna hoja, vé al momento á dejarla en la encrucijada de la Benate, frente al calvario, con la punta vuelta hacia Touvain.

Persignóse maese Jaime al pronunciar la palabra calvario, y Picaut contestó con acento mal humorado:

—Pero...—¿Qué pero ni qué?...—Tengo molidas las piernas de tanto andar; acabo de correr cuatro horas y...

—José Picaut, contestó maese Jaime con voz estridente y sonora cual el sonido de un clarín, has dejado tu hogar para alistarte en mi compañía sin que yo haya ido á buscarte, y ten presente que á la primera observación hiero, y al primer murmullo, mato.

Y así diciendo sacó maese Jaime una pistola y asestó un tremendo culatazo en la cabeza de Picaut, á quien se le dobló una rodilla. Fué tan fuerte el golpe que á no llevar el aldeano un sombrero de gruesísimo fieltro, le hubiera partido el cráneo.

—Anda ahora, dijo maese Jaime observando con la mayor tranquilidad que se le había derramado el cebo.

Levantóse José sin replicar, y después de seguirle Poca-Alegría con los ojos hasta que hubo desaparecido, preguntó al capitán:

—¿A ese tenéis en la compañía?—¡No me hables!—¿Hace mucho tiempo?—Algunas horas.—Mala adquisición.—No digo tanto; es tan valiente como su difunto padre á quien conocí mucho, sólo necesita acostumbrarse á la subordinación y á la madriguera: es cuestión de tiempo.—No diré que nó; os pintáis solo para educar á esa familia.—Soy zorro viejo. Mas ha llegado ya la hora de la ronda y tengo que dejarte. Ya sabes que Juan Oullier puede venir cuando le plazca, y tocante al jefe de la división, esta noche tendrá mi respuesta. ¿Te ha encargado Oullier algo más?—Nó.—Piénsalo bien.—Nada más.—Bien está; venga pues á la cueva; mis conejos son como los ratones, que tienen varios agujeros. Con que hasta luego, Alain. Entre tanto come algo. ¡Hola! ó mucho me engaño ó ya están aderezando la cena.

Bajó maese Jaime á la cueva, y habiendo subido luego con una carabina cuyo cebo examinó con gran cuidado, desapareció entre los árboles.

Entretanto habíase animado el claro y ofrecía en aquel momento un aspecto por todo extremo pintoresco. Habían encendido en el silo una grandísima hoguera, cuya reverberación ascendía por la trampa á iluminar los matorrales con extraños y fantásticos reflejos. Cocíase en aquel fuego la cena de los desertores diseminados por el campo, unos rezando el rosario, y otros entonando sentados los cantares nacionales, cuyas tristes y lánguidas melodías concordaban perfectamente con el carácter del paisaje. Dos bretones, echados de bruces junto á la boca del silo é iluminados por el resplandor que de él salía, jugaban á la taba algunas monedas; mientras un mozo, cuyo amarillento rostro desencajado por la calentura denotaba ser habitante del Marais, se afanaba por quitar el moho de una vieja carabina.

Habituado Poca-Alegría á esta clase de escenas no hacía caso del cuadro, y sentado en un lecho de hojarasca que Polilla le había arreglado, fumaba tan tranquilo como en su taberna de Montaigu, cuando de pronto oyó el lejano canto del buho, modulado de un modo siniestro y prolongado que indicaba un peligro. Alain silbó ligeramente para que los desertores guardaran silencio, y casi al instante sonó un tiro á unos mil pasos. En un abrir y cerrar de ojos

apagaron el fuego con el agua que para semejantes casos tenían prerarada, cerróse la trampa, y los conejos de maese Jaime, incluso Poca-Alegría que su camarada se cargó á cuestas, se alejaron en todas direcciones, aguardando para obrar la señal de su jefe.

FIN DEL TOMO I

ÍNDICE DEL TOMO I

	PÁG.
I.—El ayudante de campo de Charrette	5
II.—Gratitud de Luis XVIII	13
III.—Las dos gemelas	21
IV.—De como habiendo ido por una hora á casa del marqués, Juan Oullier estaría aun en ella á no haber muerto ambos ha diez años	28
V.—Una camada de lobeznos	35
VI.—La liebre herida	41
VII.—El señor Michel	48
VIII.—La baronesa de la Logerie	55
IX.—Galón de oro y Allegro	63
X.—En el cual no todo pasa como se lo había figurado el barón Michel	71
XI.—Nobleza obliga	85
XII.—La prima del conde de Vouillé	93
XIII.—Petit-Pierre	100
XIV.—Diplomacia de Courtin	117
XV.—El figón de Alain Poca-Alegría	122
XVI.—El hombre de la Logerie	129
XVII.—La feria de Montaigu	137
XVIII.—La asonada	142
XIX.—Astucia de Juan Oullier	151
XX.—¡Trae, León, trae!	159
XXI.—La cabaña	163
XXII.—Cómo lloró Mariana Picaut á su marido	169
XXIII.—Metamorfosis del amor	172